

SOY OZZY



Ozzy Osbourne

con Chris Ayres

Traducción: Pablo Álvarez



ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

I Am Ozzy
Sphere
Londres, 2009

1ª EDICIÓN: MAYO 2018

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with Little, Brown Book Group.

El autor agradece el permiso para citar la letra de las siguientes canciones.
"Evil Woman, Don't Play Your Games With Me": L. Weigand, R. Weigand,
Waggoner. EMI Music Pub Ltd. "Spiral Architect": Ward, Butler, Osbourne,
Iommi. Westminster Music. "Suicide Solution": Osbourne,
Daisley, Rhoads. Blizzard Music/Westminster Music.

Copyright © Ozzy Osbourne 2009
© 2011 de la traducción: Pablo Álvarez Ellacuría
© 2018 de esta edición: Es Pop Ediciones

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona y Óscar Palmer

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

ILUSTRACIONES:
Juan García

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-944587-8-1
Depósito legal: M-12926-2018

ÍNDICE

Primera parte: En el principio...

John el ladrón	23
Ozzy Zolo busca bolo	59
La bruja y el nazi	89
Tíos, ¡no sois negros!	117
Matar a un párroco	137
Se acerca el fin	161

Segunda parte: Volver a empezar

Des Moines	197
Mientras dormía	232
Betty, ¿dónde está el bar?	259
Fundido a negro	300
Otra vez muerto	329
Informe médico	365
Agradecimientos	377
Créditos fotográficos	379

1

JOHN EL LADRÓN

Mi padre siempre creyó que algún día haría algo importante. «Tengo una corazonada contigo, John Osbourne», me decía después de haberse tomado unas cuantas cervezas. «Acabarás haciendo algo muy especial o acabarás en la cárcel».

Y llevaba razón el viejo.

Antes de cumplir los dieciocho años ya estaba en el talego.

Me condenaron por hurto. O por decirlo con las palabras de la acusación: «allanamiento de morada y sustracción de bienes por valor de 25 libras». Eso equivale hoy a unos trescientos machacantes. Vamos, que no fue precisamente el robo del siglo. Como ladrón era un petardo. Repetía el mismo golpe una y otra vez. Le tenía echado el ojo a una tienda de ropa, Sarah Clarke's, en una calle paralela a la de mi casa en Aston. La primera vez que di un palo allí, arramblé con un montón de perchas y pensé: de puta madre, verás lo bien que se vende todo esto en el pub. Pero se me había olvidado llevar una linterna y resultó que toda la ropa que afané eran petos de bebé y calzoncillos de niño.

Por el mismo precio, podría haber intentado vender un cagarro.

Así que volví. Esta vez robé una tele de 24 pulgadas, pero el puto trasto era demasiado pesado, y cuando intenté saltar el muro trasero se me cayó sobre el pecho y estuve una hora sin poder moverme, tirado en una zanja llena de ortigas y sintiéndome gilipollas. De verdad que era como Mr. Magoo, pero drogado hasta las trancas. Al final conseguí quitarme el televisor de encima, pero tuve que dejarlo allí.

A la tercera conseguí llevarme algunas camisas. Tuve incluso la brillante idea de llevar puestos un par de guantes, como un verdadero profesional. El problema fue que a uno de los guantes le faltaba el pulgar y fui dejando huellas perfectas por toda la tienda. La policía vino a casa pocos días después y encontró los guantes y mi botín. «Conque guantes sin pulgares, ¿eh?», me dijo un madero mientras me ponía las esposas. «Desde luego, Einstein no eres».

Aproximadamente una semana después, comparecí ante el juez, que me impuso una multa de cuarenta libras. Aquello era más dinero del que había tenido en toda mi vida. No tenía forma de pagarlo, a no ser que robase un banco... o se lo pidiera prestado a mi padre. Pero el viejo no quiso echarme un cable.

—Yo me gano el dinero honradamente —dijo—. ¿Por qué voy a dártelo? Te hace falta una puta lección.

—Pero papá...

—Es por tu bien, hijo.

Fin de la discusión.

El juez me condenó a tres meses en Winson Green por «impago de la multa».

Para ser sincero, casi me cago en los pantalones cuando me dijeron que iba a ir a la cárcel. Winson Green era un antiguo penal victoriano construido en 1849. Los guardias tenían fama de ser una panda de cabrones. Es más, el inspector general de prisiones diría más adelante que Winson Green era la trena más violenta, apestosa y salvaje que había visto en su vida. Le rogué a mi padre que pagase la multa, pero él se limitó a repetir que igual una temporada a la sombra me serviría para sentar cabeza.

Como la mayoría de críos que cometen un delito, yo lo único que quería era sentirme aceptado por mis amigos. Pensaba que ser un maulote molaría y eso era lo que intentaba: parecer chungo. Pero en cuanto ingresé en Winson Green cambié de opinión. En la sala de admisiones, el corazón me latía tanto y tan fuerte que pensé que se me saldría del pecho y caería sobre el suelo de hormigón. Los guardias me vaciaron los bolsillos, guardaron mis cosas en una bolsita de plástico (la cartera, las llaves, el tabaco) y se echaron unas risas a costa de mi pelo, largo y castaño.

—Les vas a encantar a los del bloque H— me susurró uno de ellos—. Disfruta de las duchas, guapetón.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

Pero me enteré muy rápido.

Los que nos criamos en Aston no teníamos demasiadas perspectivas de futuro, a no ser que tu ambición fuese trabajar en una fábrica y dejarte la vida en los turnos nocturnos de la cadena de montaje. El único trabajo disponible estaba en las fábricas. Y la gente vivía en casas que se caían a pedazos y no tenían cagadero dentro. Como en las Midlands se habían fabricado gran cantidad de tanques, camiones y aviones durante la guerra, Aston fue muy bombardeada por los nazis. Cuando yo era niño, en una de cada dos esquinas había «edificios bombardeados», antiguas casas derruidas por los alemanes mientras intentaban arrasar la fábrica de Spitfires de Castle Bromwich. Durante años pensé que así era como se llamaban las zonas de recreo.

Nací en 1948 y me crié en el 14 de Lodge Road, en el centro mismo de una hilera de casas adosadas. Mi padre, John Osbourne, era matricero y trabajaba en el turno de noche de la fábrica de la General Electric Company en Witton Lane. Todo el mundo le llamaba Jack, que por algún motivo era un apodo habitual en la época para los John. A menudo me contaba cosas de la guerra y me hablaba, por ejemplo, de la vez que estuvo trabajando en King's Stanley (Gloucestershire) a comienzos de los cuarenta. Cada noche, los alemanes bombardeaban Coventry, que estaba a unos ochenta kilómetros. Soltaban explosivos y tiraban minas en paracaídas, y el resplandor de los incendios era tal que mi padre podía leer el periódico durante los apagones. De niño no llegué a entender nunca la salvajada que tuvo que ser aquello. Imaginaos: la gente se metía en la cama por la noche sin saber si al día siguiente sus casas seguirían en pie.

La vida en la posguerra tampoco fue fácil, no os vayáis a creer. Cuando mi padre volvía a casa por la mañana tras acabar su turno en GEC, Lillian, mi madre, empezaba el suyo en la fábrica de Lucas Industries. Era una rutina embrutecedora, un día sí y otro también. Pero tampoco se les oía quejarse.

Mi madre era católica, pero no religiosa. Nadie de la familia Osbourne iba a misa, aunque durante algún tiempo asistimos a la escuela dominical de la Iglesia Anglicana, porque no había otra cosa que hacer y porque repartían té y galletas gratis. Tampoco es que me sirvieran de mucho todas aquellas mañanas dedicadas a aprender las historias de la Biblia y a dibujar al niño Jesús. No creo que el vicario esté demasiado orgulloso de aquel pupilo suyo, dejémoslo ahí.

Para mí, el domingo era el peor día de la semana. Yo era de esos críos que necesitan estar constantemente entretenidos, y en Aston había muy pocas diversiones. Lo que sí había era un cielo gris, bares en cada esquina y personas de aspecto enfermizo que trabajaban como animales en cadenas de montaje. También había mucho orgullo obrero, eso sí. La gente llegaba incluso a revestir la fachada de sus casas de protección oficial con piedras de pega, para que pareciera que vivían en el puto castillo de Windsor. Sólo les faltaba el foso y el puente levadizo. La mayoría eran casas adosadas, como la nuestra, con lo que el revestimiento de piedra de una terminaba donde empezaba el revocado de cemento y guijarros de la siguiente. Quedaba muy, pero que muy mal.

Yo fui el cuarto hijo de la familia y el primer varón. Mis tres hermanas mayores eran Jean, Iris y Gillian. No sé de dónde sacaban mis padres el tiempo para ponerse dale que te pego, pero poco tiempo después también tenía dos hermanos pequeños, Paul y Tony, con lo que ya éramos seis críos en el 14 de Lodge Road. Era un desbarajuste. Como ya he comentado, las casas no tenían retrete, sólo un orinal al pie de la cama. Jean, al ser la mayor, acabó teniendo un dormitorio propio en un anexo del patio trasero. Los demás tuvimos que compartir habitación hasta que Jean creció, se casó y la siguiente ocupó su lugar.

Por lo general procuraba no andar demasiado cerca de mis hermanas. Se pasaban la vida peleando entre sí y no quería que la bronca me pillase entremedias. Jean, sin embargo, siempre se ha esforzado por cuidar de mí. Fue como una segunda madre. Todavía hoy seguimos hablando por teléfono cada domingo, pase lo que pase.

Si os soy sincero, no sé qué habría sido de mí sin Jean, porque de niño era muy nervioso. El miedo a una inminente catástrofe dominaba mi vida. Era capaz de convencerme de que, si pisaba las grietas del

asfalto cuando corría hacia casa, mi madre moriría. Y cuando mi padre dormía de día, me entraba la neura de que estaba muerto y tenía que darle un toquecito en las costillas para asegurarme de que seguía respirando. Maldita la gracia que le hacía. Pero todos esos miedos me rondaban constantemente por la cabeza.

Vivía casi siempre aterrorizado.

Incluso mi primer recuerdo es el de estar asustado. Era el 2 de junio de 1953, el día de la coronación de Isabel II. A mi padre, por entonces, le gustaba con locura Al Jolson, la estrella estadounidense del vodevil. Cantaba las canciones de Jolson por toda la casa, recitaba de memoria sus números cómicos y siempre que podía se vestía como él.

Quizá sepáis que Jolson era especialmente famoso por unos números en los que salía con la cara tiznada, una tradición políticamente muy incorrecta por la que hoy podrían crucificarte. Bueno, pues mi padre le pidió a mi tía Violet que nos hiciese a él y a mí dos trajes «de artista negro» para las celebraciones de la coronación. Eran verdaderamente increíbles. Mi tía nos consiguió incluso sombreros de copa blancos, pajaritas a juego y un par de bastones con franjas rojas y blancas. Pero cuando vi a mi padre bajar las escaleras con la cara pintada de negro se me fue la pinza. Me puse a gritar, a llorar y a berrear: «¿Qué le habéis hecho? ¡*Devolvedme a mi padre!*». No me callé hasta que alguien me explicó que sólo era betún. Luego intentaron ponerme un poco a mí en la cara y volví a enloquecer. No quería que me tiznaran la cara con aquella porquería. Pensaba que se me quedaría para siempre.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡*Nooooooooo!* —gritaba.

—No seas cobardica, John —dijo mi padre.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡*Nooooooooo!*

Con el tiempo he sabido que en mi familia hay una vena de locura. Mi abuela por parte paterna estaba para que la encerrasen. Como una puta regadera, en serio. Me cascaba constantemente, sin motivo. La recuerdo atizándome en los muslos sin parar. Luego estaba la hermana menor de mi madre, la tía Edna, que se suicidó tirándose al canal. Un día salió del manicomio y decidió tirarse al agua. Mi abuela por parte materna también estaba un poco ida de la olla. Llevaba tatuadas en el

brazo las iniciales de mi abuelo (A.U., por Arthur Unitt). Me acuerdo de ella cada vez que veo en la tele a esas chicas preciosas con el cuerpo cubierto de tatuajes. Quedan de la hostia cuando eres joven y alocada y todo te da igual, pero creedme, no quedan tan bien cuando eres abuela y acunas a tus nietos con una daga adiposa y dos serpientes arrugadas en el bíceps. Pero a mi abuela se la sudaba todo. La quería mucho. Llegó a cumplir noventa y nueve años. Cuando empecé a beber demasiado me zurraba la badana con un ejemplar enrollado del *Mirror* y me gritaba: «¿Te estás poniendo cebón! ¡Deja de beber! ¡Hueles como un posavasos!».

Mis padres, por comparación, eran bastante normales. Mi padre era estricto, pero nunca me dio una paliza ni me encerró en la carbonera, ni nada por el estilo. Como mucho, me llevaba un bofetón si hacía algo malo, como el día que intenté cascarle la rodilla a mi abuelo con un hierro al rojo mientras dormía. Pero mi padre sí que tenía grandes peloterías con mi madre, y más tarde supe que la abofeteaba. Al parecer, ella hasta lo denunció una vez, aunque yo no llegué a enterarme. Les oía discutir, pero nunca sabía a santo de qué; dinero, supongo. A ver, nadie que viva en el mundo real se pasa la vida diciendo: «Claro, cariño, lo entiendo, hablemos de nuestros “sentimientos”, tralarí, tralará». Esos que dicen que nunca se han levantado la voz viven en otro puto planeta. Además, en aquella época, estar casado era otra cosa. No puedo ni imaginarme lo que tenía que ser pasarte trabajando las noches mientras tu mujer trabaja de día y aun así seguir sin blanca.

Mi padre era un buen tipo: sencillo, chapado a la antigua. Tenía la constitución de un peso pluma y llevaba unas gafas negras y gruesas, como las de Ronnie Barker. Siempre me decía: «Aunque no tengas una buena educación, los modales no cuestan nada». Y predicaba con el ejemplo: siempre cedía su asiento en el autobús a las mujeres y ayudaba a las ancianas a cruzar la calle.

Buena persona. Le echo mucho de menos.

Ahora, sin embargo, entiendo que era algo hipocondríaco. Quizás de ahí me venga a mí. Siempre tenía algún problema con la pierna. La llevaba constantemente envuelta con vendas, pero se negaba a ir al médico. Antes se habría dejado morir que ir al médico. Le daba un

miedo atroz, como a muchos de su generación. Y nunca se pedía una baja en el trabajo. Si alguna vez se hubiera quedado en casa enfermo, habría sido hora de llamar al sepulturero.

Algo que no heredé de mi padre fue mi propensión a las adicciones. Mi padre se tomaba alguna que otra cerveza cuando salía, pero nunca bebió en exceso. Le gustaba la Mackeson Stout. Iba al bar, se echaba unas risas con los amigos de la fábrica y volvía a casa cantando “Show Me the Way to Go Home”. Y ya está. Nunca le vi arrastrarse por el suelo ni mearse en los pantalones, ni vomitar en casa. Se ponía contento y ya. Algún domingo iba con él al bar y me quedaba fuera jugando en la calle. Le oía cantar a pleno pulmón a través de la puerta y pensaba: su puta madre, la limonada que bebe mi padre tiene que ser *increíble*... Tenía una imaginación asombrosa. Me pasé años pensando cómo sería eso de la cerveza, hasta que por fin la probé y pensé: ¿pero esto qué coño es? ¡Mi padre nunca bebería esto! Pero pronto descubrí qué tipo de sensaciones provocaba y me encantaba cualquier cosa capaz de cambiar el modo en que me sentía. Para cuando cumplí los dieciocho, era capaz de trasegarme una pinta en cinco segundos.

Mi padre no era el único de la familia al que le gustaba cantar después de haber echado un par de tragos. A mi madre y mis hermanas también les gustaba. A veces Jean llegaba a casa con discos de Chuck Berry y Elvis Presley, y entonces todas se los aprendían de memoria y organizaban conciertos familiares los sábados por la noche. Mis hermanas se sabían incluso las armonías de los Everly Brothers. La primera vez que actué en público fue en una de aquellas sesiones de los Osbourne. Canté “Living Doll”, de Cliff Richard, una canción que había oído en la radio. Nunca, ni en un millón de años, pensé que podría hacer carrera cantando. No creía que fuese posible. Por lo que yo sabía, la única manera de ganar algo de dinero era buscar trabajo en la fábrica, como todo el mundo en Aston. O robar un puto banco.

Lo cual no era algo tan descabellado.

Llegué al crimen de manera natural. Tenía incluso un cómplice, un chico de mi calle que se llamaba Patrick Murphy. Los Murphy y los Osbourne eran amigos, aunque los niños de los Murphy eran católicos como Dios manda e iban a otro colegio. Pat y yo empezamos birlando

manzanas. No para venderlas ni nada parecido: nos las comíamos, porque teníamos un hambre del copón. De vez en cuando enganchábamos una pochá y nos pasábamos unos cuantos días con cagalera. Cerca de donde vivíamos había un sitio, Trinity Road, cuya parte trasera daba a una calle a un nivel más bajo, de manera que bastaba con asomarse al muro, convertir la camisa en un capazo y llenarla con manzanas cogidas directamente del árbol. Una vez estaba yo sobre el muro, con la camisa llena de manzanas como un putó contrabandista embarazado, cuando el propietario del terreno me azuzó a sus dos pastores alemanes. Se abalanzaron sobre mí y caí de cabeza al huerto. En pocos segundos el ojo se me hinchó como un gigantesco globo morado. Mi padre se pilló un cabreo enorme cuando volví a casa. Luego fuimos al hospital y me llevé otro broncazo del médico.

Pero Pat y yo seguimos igual.

Después de lo de las manzanas, pasamos a robar parquímetros. Luego llegaron los hurtos en las tiendas. Mis padres tenían seis hijos y muy poco dinero, y cuando te ves en esa situación haces lo que sea para poner comida en el plato. No estoy orgulloso de ello, pero tampoco soy de éstos que piensan: «Bueno, ahora que estoy bien y que tengo dinero de sobra puedo olvidarme de mi pasado».

Mi pasado me hace ser quien soy.

Otra triquiñuela que se nos ocurrió fue ponernos en la puerta del estadio del Aston Villa los días de partido y cobrar a los asistentes medio chelín por «cuidarles» el coche. En aquella época todo el mundo dejaba el coche abierto, y durante los partidos nos metíamos dentro para hacer el tonto. Alguna vez intentamos ganarnos un dinerillo extra lavando coches. El plan funcionó de maravilla hasta que se nos ocurrió lavar el coche de un pobre desgraciado con un cepillo de cerdas de acero. Cuando acabamos, le habíamos saltado la mitad de la pintura. El pobre tío se subía por las paredes.

En realidad yo no era mala gente, aunque lo pretendiera. No era más que un crío que intentaba ser aceptado por las pandillas locales. Recuerdo que jugábamos a cosas geniales. Los críos de mi calle nos enfrentábamos a pedradas contra los de otra, usando las tapas de los cubos de basura como escudos, en plan griegos contra romanos. Fue

divertido hasta que uno se llevó una pedrada en la cara y hubo que llevarlo a Urgencias con sangre manándole de la cuenca del ojo. También jugábamos a la guerra y hasta fabricábamos bombas: comprabas un paquete de buscapiés, les quitabas la pólvora, buscabas un tubo de cobre y cerrabas un extremo; hacías un agujerito, metías dentro la pólvora, doblabas el otro extremo e introducías la mecha de uno de los buscapiés por el agujerito. Luego, ya solo tenías que prender la mecha y quitarte de en medio perdiendo el culo.

¡Pum!

Je, je, je.

No todo lo que hacíamos era tan cafre como fabricar bombas, pero la mayor parte era igual de peligroso.

Una vez, Pat y yo excavamos una guarida subterránea en el subsuelo arcilloso de la orilla del canal. Metimos allí un viejo somier y varios maderos, e hicimos un agujero en el techo a modo de chimenea. Al lado había unos cuantos bidones oxidados desde los que saltábamos sobre una plancha de metal que nos servía de trampolín —*¡boing!*— y aterrizábamos en el tejado de nuestro escondrijo. Jugamos así durante semanas hasta que un día me colé por el agujero aquel y casi me rompí el cuello.

Por un momento, Pat pensó que la había espichado.

Pero lo mejor eran los edificios bombardeados. Podíamos pasarnos horas enteras haciendo el capullo allí dentro, apilando escombros, rompiendo cosas, encendiendo hogueras. Y siempre buscábamos tesoros... Se nos disparaba la imaginación. También había muchas mansiones victorianas desvencijadas en las que podíamos jugar, porque por entonces se estaba rehabilitando todo Aston. Eran casas antiguas y esplendorosas, de tres o cuatro plantas, en las que podías hacer de todo. Nosotros comprábamos cigarrillos de a dos peniques y pasábamos el rato fumando en salas de estar reventadas por las bombas. Nuestras marcas favoritas eran Woodbine y Park Drive. Y así se nos pasaban las horas, fumando entre el polvo y la suciedad al tiempo que respirábamos la espesa y amarillenta atmósfera polucionada de Birmingham.

Qué tiempos aquellos.

* * *